

EL MEDICO HIPOCRATES Y LA LOCURA DE DEMOCRITO

por DANAI STRATIGO

Especial para el *Boletín*

1 *Demócrito el griego.* (¿460-370? a.C.)

Demócrito de Abdera, conocido como el "reidor", fue el más grande de los filósofos materialistas de la Antigüedad, uno de los hombres más eruditos de la Antigua Grecia, alumno de Léucipo, y el principal forjador de la teoría atómica y materialista de la concepción del mundo. Por una parte, consideraba a los átomos como primeros principios de los seres, a los eternos, invariables, imperecederos, en perpetuo movimiento; y, por otra parte, al vacío (kenos joros). La obra de Demócrito influyó en forma definitiva el pensamiento posterior. Heredero de una inmensa fortuna, hizo grandes viajes hasta Asia Menor, Persia, India, Egipto, Etiopía, Magna Grecia, adquiriendo sabiduría, nociones enciclopédicas inimaginables para su época. Al regresar a Grecia, se instaló en su propia patria y se dedicó a la organización de las instituciones y las leyes de Abdera, decretando doctrinas que mucho contribuyeron a la prosperidad y el desarrollo espiritual de sus compatriotas. La principal teoría de Demócrito es la teoría de los átomos (*a* negativo, y, *tomé* del verbo *temneiu*, que quiere decir cortar, dividir = lo que no se corta, no se divide en menores cantidades), dentro de la cual explica científicamente todos los asuntos filosóficos. Su teoría, totalmente olvidada durante dos milenios, reaparece cerca de 1600 a. C. con el gran físico y filósofo inglés Bacon, época desde la cual fue desarrollada por nuestros contemporáneos.

Según los antiguos, su obra estaba tan difundida entre su pueblo, que se decía que casi no existía quien no la conociera de memoria.

2 *Hipócrates el griego.* (nac. el 460 a. C. aproximadamente)

Hipócrates, ya anciano, bordeando los 90 años, lleno de gloria y honores, padre de la medicina, rodeado de un halo místico y una noble tradición, reposaba en su patria. En esos últimos años sintió las primeras amarguras familiares de su vida, porque él, que trabajó y contribuyó con sus observaciones a la lucha contra la muerte, tuvo la desgracia de perder, casi juntas, a su esposa y a su segunda hija. Gran golpe del destino para el padre y el esposo, pero incapaz de hacer decaer el alto espíritu del sabio. Arrogante frente al golpe cruel de la muerte, enterró su dolor como un verdadero asclepiades (denominación con que eran conocidos los

médicos por el nombre de Asclepios, dios de la medicina en la religión antigua griega), y siguió su vida habitual cultivando y perfeccionando la medicina, y ofreciendo sus servicios a los seguidores de su luz y sus conocimientos. Venerado anciano, con la aureola de lo sobrehumano, presidía siempre las teletés (teleté, fiesta solemne griega en honor de Asclepios). Justamente en una teleté fue avisado de la llegada de un mensajero abderita que traía una carta confidencial sobre la salud de Demócrito.

3 *Fragmento de la carta invitación a Hipócrates por la cámara y el municipio Abderitas*

"Un peligro muy grande amenaza a nuestra ciudad, ¡Oh Hipócrates!, porque está en peligro nuestro ciudadano cuyo nombre es la gloria y el futuro de todos nosotros. Ahora, naturalmente, nadie envidia, ¡en nombre de los dioses!, la situación en que se encuentra. Por causa de su profunda sabiduría se enfermó, y, si pierde su razón, como lo tememos, entonces todos nosotros estamos perdidos. No cuida más su propia persona, no duerme ni de noche ni de día, se ríe de cada cosa y cree que la vida no es nada: uno se casa, otro hace negocios, otro está enfermo, otro domina, otro viaja, otro se hiere, otro muere; él se ríe de todos ellos: de los apenados y también de los alegres y se interesa por las cosas del Hades (el submundo de los muertos, en griego), sobre las cuales está también escribiendo. Dice que el aire está lleno de fantasmas, oye voces de pájaros y en las noches se levanta y canta quedamente diversas melodías. Otras veces dice que está viajando por el universo y que existen innumerables Demócritos semejantes a él. Entonces, corre rápidamente para salvarnos, corre a consolar a nuestra patria y a aconsejarnos sobre lo que debemos hacer. Si puedes salvar a un hombre como Demócrito, no te faltarán gloria ni dinero, y, sobre todo, conocimientos. Si salvas a Demócrito, no serás solamente un médico, porque no salvarás únicamente a un hombre: Tú abrirás nuestra Cámara que está pronta a cerrarse, Tú serás el juez, Tú el legislador, Tú el jefe, Tú el salvador. Todo eso lo esperamos de ti".

4 *Pensamientos de Hipócrates sobre la invitación*

"Cuán felices son los pueblos que saben honrar la valía del sabio. Y cuán verdadero es que a los países no los protegen

las fortalezas y las murallas, sino los consejos de las mentes superiores". Y aún cuando Hipócrates tenía la idea de que no se trataba de locura, tal vez por cansancio mental, consintió en ir donde Demócrito.

5 *Fragmento de la carta número ocho de Hipócrates sobre su encuentro con Demócrito*

Demócrito estaba bajo un enorme plátano, cerca de su casa, sentado sobre una gran piedra, muy pálido, muy delgado, vestido con una manta gruesa, y con una larguísima barba. El paisaje era pintoresco. Estaba cerca de un templo de ninfas, creo, cubierto de parras silvestres. Demócrito sostenía cuidadosamente en sus manos un libro que afirmaba en sus rodillas. Diseminados por la tierra había otros libros. También a su alrededor se acumulaban animales trozados. Demócrito pasaba a veces mirando o escribiendo o pensando muchas horas. Después se levantaba, observaba las entrañas de los animales y volvía a sentarse. Cerca de mí, los abderitas miraban tristemente esa escena; y entonces yo les aconsejé que se quedaran donde estaban, y, solo, me acerqué a nuestro hombre.

6 *Diálogo entre Demócrito e Hipócrates*

D.: Alégrate, ¡oh extranjero!

H.: Alégrate también mil veces, ¡oh Demócrito!, el más sabio de los hombres! - respondí. El, avergonzado, creo, de no haberme tratado por mi nombre, añadió:

D.: Y tú, ¿cómo te llamas? Mi ignorancia de tu nombre me obliga a llamarte "extranjero".

H.: Mi nombre, dijo, es Hipócrates el médico. (Y él dijo:

D.: La gloria de los asclepiades y el orgullo de la medicina llegó hasta mí. Pero, amigo, ¿qué asunto te trae hasta aquí? Primero, siéntate. Mira este asiento de hojas blandas y verdes. No es en absoluto desagradable; es mejor que las sillas lujosas de los ricos. (Me senté y él prosiguió:

D.: ¿Has venido acá por asuntos públicos o privados? Di y yo haré todo lo posible por ayudarte. (Y yo dije:

H.: La verdad es que yo vine a ti solamente por hablar con un sabio. Y la ocasión me la dio mi patria, que me encargó una misión.

D.: Entonces, me dijo, en primer lugar, debes aceptar la hospitalidad de mi casa. (Deseando observar a mi hombre por todos lados, aunque estaba viendo que no deliraba, le pregunté:

H.: ¿Conoces a Filopimen, que es compatriota tuyo?

D.: Muy bien (respondió), el hijo de Damón que está viviendo cerca de la Hermonida Krene.

H.: Exactamente, dije. Soy huésped de su padre. Pero yo prefiero tu casa; ¡oh Demócrito! Y dime, ¿qué es lo estás escribiendo? (Se detuvo un rato y luego dijo:

D.: Estoy escribiendo sobre la locura. (Y yo exclamé:

H.: ¡Oh Rey Zeus, qué actualidad y qué respuesta para la ciudad!

D.: ¿De qué ciudad estás hablando, ¡oh Hipócrates? (me dijo)

H.: No te preocupes por lo que he dicho, ¡oh Demócrito! Yo no sé cómo se me ha escapado, pero ¿qué escribes sobre la locura?

D.: ¿Qué podría escribir sino sobre su etiología, su naturaleza y los medios para curarla? me respondió. Los animales abiertos que estás mirando, no los abrí porque odio las obras de la Suprema Providencia, sino porque estoy buscando la naturaleza y el lugar de la bilis; porque, como lo conoces, cuando ésta existe en exceso es la causa de la locura. Por supuesto, fisiológicamente existe en todos; sin embargo, en algunos demasiado y en otros en menor cantidad. Cuando se encuentra en abundancia, entonces provoca enfermedades: consiste en una substancia a veces buena y a veces mala. (Y yo:

H.: ¡Por Zeus, oh Demócrito! estás hablando verdaderamente y sabiamente; yo te considero feliz porque puedes gozar de una tranquilidad tan profunda, cosa que para mí no es permitida.

D.: ¿Y por qué, oh Hipócrates!, no es permitida para ti?

H.: Porque, le dije, los campos, la familia, los niños, las enfermedades, las muertes, los criados, los casamientos y lo demás no me dejan tiempo para esta cosa. (Nuestro hombre cayó en su habitual pasión, comenzó a reír, a ser irónico conmigo, y calló. Entonces le dije:

H.: ¿Por qué te ríes ¡oh Demócrito!, te ríes de lo bueno o de lo malo que he dicho? (Pero él reía más fuertemente que los Abderitas, quienes, observando desde lejos, golpeaban sus frentes y sus cabezas arrancando sus cabellos, porque, como me dijeron más tarde, esta vez su risa era más intensa que la de antes. Yo le dije:

H.: ¡Oh Demócrito, oh mejor de los sabios!, yo deseo conocer la causa de tu risa ¿Por qué yo y mis palabras te parecen ridículas? Si me convences yo dejaré de decir cosas semejantes, pero si no lo consigues, tú deberás dejar de reír sin razón. (Y él dijo:

D.: ¡Por Hércules, oh Hipócrates! si logras refutarme, entonces conseguirás una de las mejores curaciones que hayas conseguido.

H.: ¿Y cómo, caro, no vas a ser refutado, le dije; es que acaso crees que no es impropio reírte de la muerte, las enfermedades, el delirio, la locura, las matanzas, o de algo peor aún? o de sus opuestos, los casamientos, los misterios, los principios y los honores y otras cosas buenas? ¿Por qué tú te ríes de lo que debías lamentar y lloras por lo que debías alegrarte; de manera que, según tú, no existe distinción entre bien y mal? (Y él dijo:

D.: Todo lo que dices es muy bueno ¡oh Hipócrates!, pero no conoces la causa de mi risa. Crees ¡oh Hipócrates! que dos son las causas de mi risa, las cosas buenas y las cosas malas, pero yo, en el fondo, no me río sino de una sola cosa: del hombre. Pleno de irrazonamientos,

sin nada firme en su mente, con ideas y planes totalmente infantiles, crea sin ninguna razón tremendas desgracias y preocupaciones, presa siempre de sus deseos. Corre hasta los confines del mundo y los precipicios interminables para ganar plata y oro, sin considerarse satisfecho de haber ganado lo suficiente. No siente vergüenza de decir que está feliz cuando para abrir las profundidades de la tierra, usa a sus iguales encadenados hasta que mueren: a unos, trabajando y a otros, sucumbiendo a la necesidad de su suerte, por años y años en esta situación, considerando este infierno en que viven como su patria. Buscan la plata y el oro, ciernen las migajas de polvo que encuentran y amontonan arena por un lado y arena por otro. Abren las venas de la tierra, desgarran sus fondos para enriquecerse, hacen de nuestra madre tierra una tierra hostil, y, mientras la tierra permanece siendo siempre la misma, ellos la admiran o la pisotean. ¿No es para reír al mirar a los que se esfuerzan tanto por investigar la tierra oculta, mientras desprecian a la que tienen delante de ellos? Unos compran perros, otros, caballos, otros cercan un gran terreno y lo consideran suyo, y, mientras quieren ser dueños de grandes extensiones, no pueden ser dueños de sí mismos. Se casan con mujeres y luego las engañan y después las odian. Quieren engendrar hijos, quienes se alejan cuando crecen. ¿Cuál es la razón de esta vana, irracional prisa que no difiere en absoluto de la locura? Provocan guerras civiles y nunca quieren tranquilizarse; ponen acechanzas a sus reyes, quienes, de otro lado, les hacen la misma cosa. Se convierten en asesinos. Rebuscan en la tierra para encontrar dinero, con el dinero compran tierra, venden los frutos de esta tierra para hacer nuevamente dinero. ¿Cuántos cambios les suceden a cada minuto y cuántas maldades muestran? Cuando no tienen dinero, lo desean, y cuando lo consiguen, lo esconden o lo malgastan. Me río de sus fracasos. Me burlo, de su mala suerte, porque en el fondo están violando las leyes de la verdad, se odian entre ellos, pelean con hermanos, con parientes, con sus conciudadanos, solamente para adquirir cosas que después de la muerte no le quedan a nadie. Se desgarran entre sí y continuamente se inquietan sin cuidar de los amigos ni tampoco de su patria. Quieren adquirir cosas que no tienen valor y alma. Gastan dinero para comprar estatuas, porque estas obras les parecen tan vivas como si estuvieran hablando y odian a los que están efectivamente hablando. Buscan cosas que no pueden fácilmente conseguir. Cuando viven en la tierra, anhelan el mar, y cuando moran en las islas, desean la tierra; trastrocán siempre cada deseo suyo. Dicen que demuestran valor particular durante la guerra, pero sin embargo, cada día son vencidos por su lascivia, su avaricia y todas las pasiones de que padecen sus almas enfermas. *Todos esos son los Tercites de la vida.* ¿Por qué entonces, oh Hipócrates, me reprochas

mi risa? No existe nadie que se ría de su propia locura, sino que cada cual se ríe de la locura de los otros. Uno se ríe del borracho, porque se cree sobrio; otro, de los enamorados, en tanto él puede estar más enfermo; otro, de los marinos, otros, de los labradores; y todo eso porque nunca están de acuerdo sobre los oficios ni sobre las obras. (En esta ocasión yo tomé la palabra:

H.: Todas estas cosas, oh Demócrito, son puras verdades. No existe mejor lenguaje para demostrar las miserias de los mortales. Sin embargo, los actos, en la mayoría de las veces, se hacen por necesidad o por causa de asuntos familiares o estatales. Son cuestiones que los hombres crean, porque la naturaleza no nos ha hecho a nosotros para que nos quedemos con las manos inmóviles. Es cierto que, en todo eso, la ambición fue la causa de que la razón justa tome el mal camino, porque siempre cada uno cree que tendrá éxito, y así no piensa en lo imprevisto. Pero, ¿quién, ¡oh Demócrito!, se casaría si pensara en el divorcio, en la muerte, y quién engendraría hijos si pensara que podría perderlos un día? Eso mismo acontece en la agricultura, la marina, la monarquía, la señoría, o todo lo demás que pasa en nuestro siglo. Nadie considera nunca el fracaso, por el contrario, todos sacan coraje de las buenas esperanzas y los pronósticos, sin pensar jamás en la mala suerte. Entonces, si te das cuenta de todo eso, ¿no crees que tu risa no es apropiada y totalmente impropia?

D.: Cuán lento, ¡oh Hipócrates!, tienes el espíritu y cuánto te alejas de mi pensamiento, porque, por ignorancia, no puedes comprender los límites que existen entre la quietud y la perturbación. En relación con todo lo que has expuesto, aquellos que caminan con el pensamiento y la razón prudente, es cierto que muy fácilmente se desembarazan de las dificultades y en consecuencia no son dignos de mi risa. Contrariamente a eso, el espíritu inquieto y perturbado por los problemas cotidianos de la vida, como si esos problemas fueran cosas definidas y sólidas, hace a los hombres enorgullecerse por el pensamiento irracional, el cual no les permite aprender de la corriente irregular de los acontecimientos. Como si fuera la vida algo constante y estable, ellos olvidan siempre los eventos que les acontecen, desean siempre lo que les conviene, buscan lo que no es útil y se enredan en mil calamidades. En tanto que si cada uno pensara las cosas de acuerdo a su fuerza, estarían siempre protegidos de las contrariedades; cada uno tendría conocimiento de su propia situación y no se convertiría en presa de sus deseos; huiría siempre hacia la naturaleza rica, que es la nodriza de todos. Si para el hombre gordo la demasiada salud es un peligro permanente, de igual modo el excesivo éxito es siempre peligroso; por eso llegamos a ser testigos de los fracasos de los grandes hombres.

Otros, ignorando la historia antigua, se pierden por su mala conducta, porque no prevén muchas cosas, como

si ellas fueran invisibles, mientras la vida nos enseña siempre sobre lo que puede acontecer, y de ahí la capacidad que debe tener cada cual para prever el futuro. La causa de mi risa son los hombres, esos insensatos, pillos, avaros, insaciables, malignos, los hombres que crean intrigas entre ellos, y cuya alma ha sido tan mal hecha, al punto que consideran como virtud el hacer mal. Los mentirosos, los voluptuosos, los desobedientes a las leyes. Esa insensatez es lo que estoy condenando con mi risa, a esos que no tienen ojos ni oídos, que no pueden armonizar su pensamiento, ver lo justo, esos que se entregan a cosas que momentos antes los habían desilusionado, esos que se niegan a viajar y sin embargo, viajan, esos que ofenden a la agricultura y sin embargo cultivan la tierra, esos que echan a sus esposas para tomar otra, esos que entierran a sus hijos para hacer otros, esos que desean envejecer y cuando se hallan en la vejez empiezan a quejarse. Los soberanos y los reyes consideran felices a los hombres sencillos y éstos desean ser reyes. El político envidia a los técnicos y éstos a los políticos, porque son poderosos. Los hombres no ven el camino derecho de la virtud, el camino libre, continuo, donde nadie tropieza fácilmente. Se precipitan al camino irregular, desliziéndose y muchas veces, vacilando, jadeando; siempre se persiguen y pelean, una vez con los adelantados, otras con los que vienen detrás. Otros, ardiendo por amores ilegales, entran a la alcoba ajena; a otros los devora la avaricia, horrible enfermedad; otros se exterminan entre sí, y otros, iracundos por la ambición, se hunden en el fondo de la destrucción bajo el peso de su maldad. Destruyen y después construyen. Hacen ofertas y luego se lamentan de ello, ignoran las relaciones de la amistad y llegan hasta el odio, o hacen la guerra a los parientes y todo eso por amor al dinero. ¿En qué difieren de los niños que juegan y se divierten con cualquier cosa porque les falta la razón? En cuanto a las pasiones, no dejaron a los animales irracionales sino aquello que a éstos les satisface su necesidad. De verdad, ¿qué león esconde el oro en la tierra, qué toro ha puesto sus cuernos al servicio de su avidez, qué leopardo se ha mostrado insaciable? El jabali bebe cuando tiene sed; el lobo, después de desgarrar su presa, se harta con el alimento que necesita; mientras el hombre nunca se harta, ni de día ni de noche.

El orden de las horas anuales aplaca el orgasmo, pero el hombre lo tiene permanentemente, con manía disoluta. Entonces, ¡oh Hipócrates!, cómo dejar de reír del hombre que llora por un amor, por un obstáculo que se lo impide? ¿Cómo puedo no morirme de la risa de aquel que, no considerando los peligros, se arriesga a los precipicios y las profundidades del mar? ¿Cómo dejar de reír del hombre que después de poner su buque con la carga en el mar, culpa a las olas de haberlo traído con todo su contenido?

En cuanto a mí, creo que la risa no es suficiente para esos tipos, y quisiera encontrar algo más agudo, algo que ni la medicina ni los remedios serían capaces de curar.

Que sea ejemplo tu ancestro Asclepio. El trabajó para salvar a los hombres y en lugar de reconocimiento recibió de ellos los golpes del trueno. ¿No ves que yo también tengo parte de esa locura, yo que estoy buscando su causa, sacrificando tantos animales, en vez de hacerlo en el hombre? ¿No ves que el mundo está lleno de odio para el hombre y amontona mucho mal contra él? El hombre desde su nacimiento no es otra cosa sino una enfermedad. Cuando es una guagua, es inútil para sí mismo y pide ayuda; cuando crece se hace insolente e imprudente, por eso lo confían a los pedagogos; cuando es adolescente, se vuelve arrogante; cuando envejece se torna lastimoso, recogiendo los males que ya sembró con su locura. He aquí quién sale de las entrañas de su madre. Por eso, unos de carácter brusco, llenos de cólera infinita, viven en las calamidades y batallas; otros, en la corrupción y el adulterio; otros, en la embriaguez; otros, deseando los bienes del prójimo; y otros, perdiendo los suyos. Quisiera tener la fuerza de descubrir todas las casas, no dejar ninguna cubierta sobre las cosas del interior, y observar todo lo que pasa dentro de los muros. Veríamos, entonces, a unos comiendo, a otros vomitando, a otros tiranizándose, a otros preparando venenos, a otros pensando en intrigas, a otros, votando, gozando, gimiendo, escribiendo acusaciones contra los amigos, y a otros locos de ambiciones. Si pudiéramos alcanzar más profundamente, habríamos llegado a las acciones que son fomentadas por el alma, para ver a jóvenes o viejos empobrecerse, mendigar, caer de hambre, hundirse en la prodigalidad, sucios, apretujados y pavoneándose de voluptuosidad; alimentando a otros, matando, enterrando, despreciando todo lo que tienen; a otros, sin vergüenza, orgullosos o perdidos de vanidad. Unos tienen pasión por los caballos o por los seres humanos o por los perros, las piedras, la madera, el cobre, la pintura. Unos de entre ellos se encuentran en las embajadas, otros entre los generales, entre los clérigos, otros tienen armas y otros se matan.

Debias verlos de qué manera se van a las guerras navales, a las terrestres, al Agora, a las reuniones en el teatro, al exilio; en una palabra, unos de un lado y otros de otro, unos por amor a la voluptuosidad, a la delicia y a la intemperancia, y los otros por amor a la indolencia y a la inactividad. Entonces, ¿cómo dejar de reír cuando estoy mirando tantas almas indignas y desgraciadas, toda esta vida rodeada por tanto desorden? Estoy seguro de que también tu medicina no les gusta; porque la confusión les pone sombríos todos los asuntos y consideran la sabiduría como locura.

De ese modo, supongo que la mayor parte de tu ciencia se pierde por la envidia o la ingratitud. Los enfermos, apenas salvados, atribuyen su salvación a los dioses o a la suerte; otros a la naturaleza y odian al que fue su bienhechor, y se indignan si tú los consideras como deudores. La mayoría de ellos no tiene la menor idea sobre tu arte, pero aunque les falta totalmente la experiencia, condenan a aquel que es mejor que ellos, porque los votos están en las manos de los imbéciles; así, los sufrientes no quieren reconocer, ni sus colegas están dispuestos a testimoniar porque la envidia se opone a ello.

Ciertamente ninguno de los hombres puede evitar las calamidades de que estoy hablando. Tú también, sin quererlo, tomas parte en estas contrariedades por amor al dinero, o simplemente por placer.

(Mientras me estaba hablando, se reía y me parecía como un ser divino, y así me olvidé totalmente de que se trataba de un hombre. En este momento, yo tomé la palabra:

H.: ¡Oh Demócrito, de gran fama, yo llevaré hasta Cos dos grandes obsequios de tu hospitalidad, porque me llenaste de admiración con tu sabiduría! Me voy predicando que tú investigaste y comprendiste la verdad de la naturaleza humana. Yo tomé por ti el remedio que va a curar mi pensamiento y me voy porque la hora lo impone y también los cuidados del cuerpo; pues mañana y los días siguientes nos vamos a encontrar de nuevo. Después de estas palabras me levanté y él se aprestó para acompañarme; dio los libros a alguien que no vi de dónde salió. Caminando entonces dirigí mi palabra hacia aquellos verdaderos abderistas que me estaban esperando en lo alto de la loma:

Amigos, dije: yo les debo muchas gracias por haberme invitado donde vosotros; porque conocí al sapientísimo Demócrito, único en el poder hacer sabios a los hombres.

(Hipócrates se marchó. Pensando en las lecciones de Demócrito, advertía que él mismo no era ajeno a muchos defectos humanos. Melancólico y pensativo, volvió a Cos. Se preguntaba si de verdad sus libros iban a ser útiles o iban a confundir más la vida del hombre.

Por un momento pensó quemarlos y fue el altruismo de sus alumnos e hijos lo que los salvó.

7 Hipócrates recibió en Cos esta carta después de su llegada:

D.: Demócrito a Hipócrates, salve!

Llegaste hasta mí, ¡oh Hipócrates!, del modo como hubieras llegado hasta un loco, pronto a darle el "elleboro", dando fe a hombres necios, para quienes la obra de virtud parece locura. Pero me encontraste escribiendo sobre la disposición del mundo, el polo y los astros del cielo.

Seguramente conoces la perfección con que la totalidad de estas cosas está ordenada y cuán lejos se encuentra uno, allá, de la locura y del delirio; estás entonces satisfecho con mi situación mental y consideraste a toda esa gente salvajes y locos. Todo lo que está vagando por el aire nos responde con imágenes; cosas que se ven juntas con el cosmos y se encuentran en una marcha (flujo y reflujo - maxicosa) continuada; esas cosas, te digo, explorándolas exactamente por la naturaleza de mi mente, las traigo hasta la luz; mis libros sobre estos asuntos son la prueba. No debes entonces, oh Hipócrates!, irte y frecuentar gentes semejantes, porque su mente es superficial e incierta. Si tú, confiando en sus palabras, me hubieras tomado por loco y me hubieras curado con el "elleboro", mi sabiduría se habría transformado en locura; y entonces ellos te habrían acusado de cómplice como causa complementaria de mi delirio, porque el "elleboro", proporcionado a una persona sana ensombrece la mente, mientras que para los locos es la salvación. Mira, en efecto, si de repente me hubieras hallado no escribiendo, sino acostado, o andando y contando mis pasos, o hablando conmigo mismo, a veces enfadado y a veces sonriendo, según mis pensamientos del momento, sin prestar la menor atención a los conocidos que se me hubieran acercado por causa de mi absorción y admiración cautivadas, entonces hubieras pensado que Demócrito, según los que lo miraban, estaba dando la imagen de la locura. El médico, entonces, está obligado a juzgar a los enfermos no solamente por la vista, sino también por los acontecimientos, examinando en general los ritmos de la enfermedad, que puede estar en su comienzo, auge o su fin, y observando las diferencias, la época, la edad, y la totalidad del cuerpo, y después de todo eso, aplicar la curación, porque solamente con estas pruebas podría descubrir fácilmente la enfermedad. Salve!